

de esas señoras,
que ya son dueñas,
aunque muy locas.
¿Por qué te apuras,
gimes y lloras?
Tú serás reina
de Babilonia,
tendrás esclavas,
tendrás corona,
carros y trenes,
galas y joyas.

EL REY. —Estará Blanca
ya tan oronda, etc.

OLIV. —Ved, cortesanos
qué dicha logra, etc.

RAM. —Oh si viniera
la muerte sola, etc.

D.^a BLAN. —¡Suerte inconstante!
¡Suerte traidora! etc.

LA REINA. —No más te aflijas
amiga hermosa, etc.

CORO. —¡Pobre Blanquita,
tan orgullosa
y va á casarse
con una mona!

D. JUL. —Adios querida,
blanca paloma:
goza en tus triunfos
inocentona.
Yo voy en busca
de las retortas,
de los crisoles,
caldos y drogas

para que el oro
tengas de sobra.

CORO. —¡Pobre Blanquita,
tan orgullosa
y va á casarse
con una mona!

(Váse D. Julita y le siguen el Marqués, el Conde y el primer cortesano.)

ESCENA XXII

Los mismos. El 4.º cortesano. Una dama que trae la caja de las joyas de la Reina.

Hablado

CORT. 4.º —Yo, señor, que de juez hago
(Dirigiéndose al Rey.)

de nobles en el proceso
criminal contra Ramiro,
vengo á decir que no encuentro
oro ni joyas, ni cartas
para declararle reo
de alta traición.

EL REY. —Tú, ¿qué dices
Olivares?

OLIV. —Yo comprendo
que el juez estará ganado.

LA REINA. —¡Mentís!

OLIV. —¡Yo!... (Malo va esto.) (Aparte.)

LA REINA. —¡Mentís!

CORT. 4.º — Pueden abonarme
los testigos.

OLIV. —Todos ellos
estar sobornados deben.

CORT. 4.º —El escribano.

OLIV. —De enredos

- buen zurcidor es... sin duda.
 EL REY. —Luego miente todo el reino
 menos tú. (A Olivares.)
 CORT. 4.º —Mirad las cartas:
 son de amor. (Al Rey.)
 EL REY. —Dámelas. Quiero
 verlas por mis propios ojos.
 (Lee) «Amado Ramiro» (Representa.) ¡Bueno!
 »La Reina que es hoy el angel
 »de mi guarda» (Me conmuevo.)
 »me ofrece que de Felipe,
 »príncipe justo y excelso,
 »noble y grande» (¡Quién pudiera
 conseguirlo! Me avergüenzo.)
 »alcanzára que la unión
 »de nuestro afán dulce objeto
 »al instante se efectúe;
 »pero nos pide que luego,
 »abandonando la Corte,
 »vayamos lejos, muy lejos...»
 (Apar.) (Pues la Reina es inocente...
 (Pausadamente y reflexionando.)
 Bien claro aquí lo estoy viendo.
 ¿Qué mujer que tiene amores
 piensa alejar al mancebo
 á quien ama de su lado?
 y esto es antes de que preso
 estuviera.)
 LA REINA. —Permitidme
 que os hable sólo un momento.
 EL REY. —Hablad.
 LA REINA. —Aquí están mis joyas.
 (Presenta la caja.)
 Ese robo fué supuesto

- y Ramiro es inocente. (Suspensión.)
 Yo le escribí con efecto
 que á verle de noche iría
 rodeada de misterio,
 pues no quise que en la Corte
 pudieran hacerse necios
 comentarios... de una Reina
 que empeñó sus aderezos...
 aunque es salvar al Estado
 el norte de sus deseos.
 EL REY. —Y Ramiro...
 LA REINA. — Sin tardanza
 buscarme supo el dinero
 que hoy mismo tiene la gloria
 de entregaros, pues remedio
 podrá ser de muchos males.
 EL REY. —¿Sin prendas?
 LA REINA. —Y hasta sin premio,
 que las joyas ayer mismo
 ¡pese al diablo! me ha devuelto.
 OLIV. —Más ¿de dónde habrá sacado...?
 LA REINA. —No de sus viles cohechos,
 pues cargos no desempeña.
 OLIV. —Pero pide al Rey empleos.
 RAM. —Uno solo le he pedido
 en favor de un caballero
 pobre, que bebe en Castalia.
 OLIV. Los sacará del infierno.
 EL REY. A hechicero que el bien hace
 yo le perdono, le absuelvo.
 Pero tan bellas acciones
 ¿por qué con tanto secreto?
 LA REINA. —A quien obra bien le basta,

- señor, que lo sepa el cielo.
- EL REY. —A fé que sois admirable.
¡Qué mujer la que poseo!
- LA REINA. —Pudiera tomar venganza;
mas, soy noble y no me vengo.
¡Harto tienen los infames
con su conciencia!
- OLIV. —Yo muero.
- RAM. —De nigromante me acusan ..
- EL REY. —¿Por qué me sirves?
- RAM. —Protesto
contra ese nombre. La ciencia,
de los encantos modernos
es madre. Si yo tesoros
hallar supe, solo fueron
de los grandes hombres
que os darán hasta su aliento
y maldicen la privanza
del Conde-Duque funesto.
- 1.^a DAMA. —¿No haceis dimisión? (A Olivares.)
- OLIV. —Es mucho
el cariño que le tengo
á la dorada poltrona,
mi regalo, mi embeleso.
- EL REY. —Blanca, Ramiro, ya sois
esposos; padrinos vuestros
seremos los dos, si gusta
la Reina, como yo espero.
- (La Reina hace una señal afirmativa)
- Conde serás de las *Doblas*.
- RAM. —¡Señor!
- D.^a BLAN. —¡Señor!
- EL REY. —Tu talento

me ha de ser útil Virey
eres de Valencia.

- RAM. —Temo.
- EL REY. —Tendrás también ocho villas.
- RAM. —Yo, señor, nada merezco.

ESCENA XXIII.

(Los mismos. Roseto. D. Fernando. El Rey se retira del grupo haciendo seña al Conde Duque de que le siga á un extremo del teatro)

ROS. —Y yo haré tu epitalamio,
pues que viene á tan buen tiempo.

(Mirando con irónica sonrisa á los cortesanos.)

D. FER. —Eres noble, eres valiente,
amigo del Rey te veo:
terminen nuestras discordias:
buenos hermanos seremos.

Se abrazan con efusión

(Los cortesanos mudos como atontados estrechan la mano de Ramiro que les devuelve con frialdad el saludo.)

EL REY. —Olivares, ya no somos
amigos.

OLIV. —¡Ay! Yo fallezco! Se va por el fondo.

EL REY. —Tú serás Gobernadora,
Isabel.

LA REINA. —Tus plantas beso.

Los mismos. Ibrahim, D. Julita, el Marqués, el Conde y el primer cortesano. D. Julita viene tuerto: el Marqués cojo apoyado en su brazo y el primer cortesano mudo. El Conde manco.

Música.

IBRAHIM —Vengo fiel á despedirme
de la Real Majestad:
ya me han dejado cesante

- y me voy á conspirar.
D. JUL. —Por querer enriquecerme
 jugué con fuego fatal:
 perdí un ojo y ahora pierdo
 mi carísima mitad.
CONDE. —Yo estoy manco.
MAR. —Yo estoy cojo.
CORO 1.º —¡Ba, ba, ba, ba, ba, ba, ba!
ROS. —Estos sí que ya encontraron
 la piedra filosofal.
CORO —Estos si que ya encontraron
 la piedra filosofal.
RAM. —Blanca hermosa, se calmaron
 nuestros anhelos: mi bien,
 vivamos como si hubiese
 en los dos un mismo ser.
D.ª BLAN. —¡Quién lo duda, si mis ojos
 solo ven lo que tú vés,
 y solo lo que tú anhelas
 es lo que puedo querer!
LA REINA. —¡Oh, qué bello, qué dichoso
 este amor de la niñez!
 ¡Quién pudiera darme un filtro
 para hacer constante al Rey!
EL REY —Profetizanos, Ramiro,
 los sucesos que vendrán
 el siglo decimonono
 á este mundo sublunar.
RAM. —Yo aquí miro una rueda gigante:
 la Fortuna moviéndola está:
 lleva tronos y pueblos y leyes
 que en la nada perdiéndose van.
D. JUL. —Los sábios ministros

- pasan en montón,
 y si el uno es bueno
 el otro mejor.
CORO. —Los sábios ministros
 pasan en montón, etc.
 (Trasparéntase la pared del fondo y se ve como á manera de cuadros
 disolventes la rueda indicada.)
RAM. —Y girando y moviéndose siempre
 goza el hombre de vida feliz;
 se imagina tan fuerte, tan grande
 que no sueña mejor porvenir.
D. JUL. —Y eso que la hacienda
 lánguida camina
 con muchos bufones,
 y sin alquimistas.
CORO. —Y eso que la Hacienda
 lánguida camina
 con muchos bufones
 y sin alquimistas.

(Cae el telón.)



Revista diabólica



REVISTA DIABÓLICA ⁽¹⁾

I

SEGÚN dicen, somos libres,
aunque yo no lo comprendo,
pues sé que todos me mandan
y á todo el mundo obedezco.
Si quiero salir un día
afeitadito y compuesto,
barbero y sastre disponen
lo contrario; y maldiciendo
mi suerte, presto obediencia
á mi sastre y mi barbero.
Si anhelo quedarme en casa,
pues reina un calor horrendo,
y temo hacer en la calle
liquidación de mis sesos,
me escribe don Nicomedes,
procurador... por ejemplo...
que me espera para hablarme
dos palabras de mi pleito.

(1) Como juguete dialogado y dramático, insértase aquí esta ligera poesía, dada á luz, en *El Álbum*, Revista literaria de Córdoba, el 17 de Agosto de 1873.

Hoy que escribir me repugna,
 hoy que reposar deseo,
 que no tengo inspiración,
 porque sólo tengo sueño,
 manda el Director del *Album*
 que escriba, ¡rayos y truenos!
 una revista, ¡me aplasta!
 y en verso... ¡malditos versos!...
 Como el diablo no la escriba
 no saldrá... pues yo... me duermo...

II

—¿Se puede entrar?

—¡Adelante!

—¿Es usted el caballero
 Cartulina?

—Licenciado...

—¡Muy bien!

—Y servidor vuestro.

Pero ¿á quién tengo la honra
 de dirigirme?

—No llevo
 nombre de pila, que soy
 el diablo.

—¡Jesús!

—Sin miedo
 puede usted tratarme.

—¿Cómo?

—Ya no hago daño.

—Me alegro.

—No exijo escritura.

—¡Bravo!

—Ni pido sangre.

—¡Soberbio!...

Pero usted ya no usa rabo...

—No señor, ni tengo cuernos,

que el diablo en caricatura

ya pasó... pasó su tiempo.

Mas en cambio uso pomadas

y sortijas y quevedos,

gran corbata, reloj de oro,

guantes de paja, frac negro

y botas *á la derniere*,

y, en fin, todos los excesos

que llevan los figurines

á los profundos infiernos.

—¡Y qué busca usted en casa?

—Sacar á usted de un aprieto.

¿No me dió el fácil encargo

de hacer la revista?

—Es cierto.

—Pues aquí estoy á cumplirlo.

—Pero querrá usted un premio.

—Yo trabajo por la gloria.

—¡Qué diablo tan caballero!

—Nos hemos civilizado

mucho.

—Es verdad... bien lo veo.

—Y de educarnos se encargan

á los españoles.

—¡Bueno!

III

- Licenciado Cartulina...
 —¿Qué manda usted?
 —Es preciso
 que nos hablemos de tú.
 —Convenido, convenido,
 que es uso republicano.
 —Y clásico.
 —Muy bien dicho.
 Veo que eres, chico, una alhaja,
 que eres un *diablo instruido*.
 —Como que vengo á ilustraros,
 como que vengo á servirlos
 de pedagogo.
 —Te auguro
 hambre eterna.
 —¡Qué mal piso
 hay en Córdoba!
 —¡Muy malo!
 —En el infierno vivimos,
 mucho mejor, que al fin es
 muy celoso el Municipio.
 Pues manda unos cuantos ángeles
 paisanos tuyos y adictos
 al infierno, y ya verás
 qué pronto los elegimos
 alcaldes y concejales.
 —¿Es teatro este edificio?
 —Teatro Real.
 —Tú te burlas.

- Teatro Real.
 —¡Qué delirio!
 —Teatro Real por tres veces.
 —Explicate.
 —Bien me explico.
 Como exige tres reales,
 reales tres veces, de fijo.
 — ¡Será bufo!
 —Poco menos.
 —Pues el *cancán* ya no es digno
 ni aun de los diábolos. Nosotros,
 aunque diz que es nuestro oficio
 hacer mal, siempre lo hacemos
 con buenas formas.
 —¡Divino!
 Tendré siempre en la memoria
 la lección de este *diablillo*.

IV

- ¿Este es el Gran Capitán?
 —Y el Gran Teatro.
 —¡Bien, querido!
 —Tiene la gran compañía
 la gran tiple.
 —Me suscribo.
 —La gran contralto.
 —Me abono.
 —Todo es grande en estos sitios.
 —Menos la Administración,
 que triste y pobre y sin brillo
 es un viviente recuerdo
 de otros hombres y otros siglos.

V

—¿Te gusta la ópera?

—¡Mucho!

Pero, me abrasa, me quema
este ambiente ¡Hace un calor
como en las llamas eternas!
Salgamos á respirar
en el entreacto.

—Sea.

—Verás las muchachas.

—¡Bravo!

—Son muy lindas, muy modestas...
pero dí, ¿tú que prefieres,
las rubias ó las morenas?

—Todas, todas, porque el diablo
ninguna mujer desecha.

—Ya está el enemigo enfrente.

—¿Pero dónde?

—Allí

—¡Tú sueñas!

Si no se mueve ninguna.
¡Calladas y circunspectas!
¿Pero no es esto paseo?

—Sí; pero no se pasea.

En Córdoba no te fíes
de los nombres

—¡Oh, qué pena!

¡Murieron las infelices!

¡Y cuidado que eran bellas..!

Pero ni hablan ni respiran.

¡Cielos! ¡Qué dolor!.. Al verlas

pienso que estoy contemplando
á las estátuas de Atenas.
Reza tú, que eres cristiano,
por sus almas. ¡Están muertas!

VI

—¿Con que te vas?

—Ya me voy.

Que no olvides la lección;

Y si te ves apurado,

descuida, que aquí estoy yo.

—Eres. digan lo que quieran,
un diablillo bienhechor.

—Seré diablo, pero al menos
no he perdido la fe en Dios
como algunos españoles.

—Son locos.

—Si que lo son.

Hasta la vista; espresiones

á mi amigo el Director,

y aquí tienes la revista.

Si no te agrada ¡perdón!

Esto es lo que el *diablo* dijo,
y enseguida se marchó;
mas yo, *cronista del diab'o*,
te mando este borrador.

El Licenciado Cartulina.

Por complemento de las obras poéticas de Don Manuel Fernández Ruano, que damos á luz, y antes de poner término á este último volumen, ofrecemos una muestra de sus escritos en prosa: forma en que no dejó de ejercitar su pluma en producciones serias y festivas como colaborador de periódicos y socio de ilustres corporaciones.